

PRESENTACION

I

En 1492 Europa se consolida como centro generador de las directrices que habrían de orientar la dinámica histórica del mundo. Desde entonces, se hizo necesaria la elaboración y difusión de argumentos que otorgaran carácter de legitimidad al orden que permitiría la expansión de Occidente. Esto explicaría la perspectiva que dio forma a las representaciones que se hicieron de las realidades continentales recién descubiertas: cada relación, cada crónica, cada representación cartográfica, en fin, cada documento de civilización, estaba destinado a confirmar el lugar privilegiado que le correspondería ocupar a Europa como cuna de la historia. A partir de 1492, el continente europeo es proyectado como el hogar del sujeto racional, histórico, pensante. En consecuencia, y con el fin de garantizar la estabilidad del orden mundial moderno, al resto del mundo le correspondería ser una especie de escenario vacío ofrecido por la divina providencia a Europa para que cumpliera con su rol civilizador.

La primera representación europea de los indígenas del Nuevo Mundo, un grabado publicado en Augsburgo hacia 1497, los muestra en una especie de mercado de carne humana. En principio, tal especulación en torno a la naturaleza de los habitantes de América perseguía acentuar su diferencia para que el sujeto europeo no se diluyera en la inmensidad de lo diverso. Mas la invención de estos seres, y la degradación o negación de su humanidad en ella implícita, también tenía como finalidad legitimar el papel que se autoasignaría, en adelante, el sujeto europeo como mediador de la Historia. El europeo, por haber nacido en la cuna de la Historia, por racional, en fin, por legítimo derecho, era un ser capacitado para salvar al Otro de su condición de salvaje o para excluirlo.

La expansión de Occidente ameritó la difusión de una serie de relatos destinados a generar en las comunidades subordinadas una sensación de desposesión cultural e, incluso, de ilegitimidad histórica. Esto explicaría, en parte, por qué uno de los rasgos que suele identificar a muchos intelectuales del Caribe, en especial del no hispano, es la convicción de que su rol histórico es el de generar un estado de consciencia destinado a cancelar la tradición colonial. En consecuencia, la mayoría de las propuestas estéticas más significativas del Caribe podrían ser englobadas dentro de un vastísimo sistema discursivo que podría ser considerado como una crítica a la razón moderna formulada desde los márgenes de Occidente, es decir, una crítica concebida por intelectuales pertenecientes a comunidades subordinadas a los proyectos de expansión del modelo de desarrollo occidental.

Esto explicaría el importante rol que han desempeñado las investigaciones folklóricas, etnológicas y antropológicas para la consolidación de los proyectos republicanos antillanos. Hasta cierto punto también permite entender el firme propósito de reafirmación del sentimiento de orgullo étnico perceptible en la mayoría de las propuestas estéticas de las literaturas antillanas del presente siglo.

En ciertos casos, la negativa de las metrópolis de pensar al antillano en términos de igualdad ha conducido a éste a considerar la violencia como mecanismo mediador legítimo en las relaciones de poder. Esto permite entender el volcánico furor de la poesía de Césaire o la mordacidad evidente en los textos de Damas, así como las críticas demoledoras al colonialismo formuladas por Franz Fanon. Lamentablemente la radicalización de estas legítimas exigencias trajo como consecuencia la imposición de lo que V. S. Naipaul ha denominado «retórica del enemigo» discurso caracterizado por sus cómodas moralejas y su viciada retórica de los opuestos en conflicto.

Por otro lado, en muchos casos la literatura llega a ser concebida como una especie de crónica de lo histórico no subordinado. A consecuencia de esto, parece quedar demostrado que son muchos los desafíos históricos que tienen los pueblos del mundo porque no ha sido suficiente

con que en 1789 hayan sido declarados los Derechos del Hombre y del Ciudadano, así como tampoco ha bastado con que la Trata haya sido abolida en 1807. La emergencia del sujeto antillano, su irrupción en el circuito intelectual de Occidente, ha puesto en evidencia la falsedad de quienes conciben la historia como «el relato de un éxito moral». Al incorporarse en los circuitos de saber los intelectuales antillanos se han propuesto postular la legitimidad y necesidad de elaborar, por ejemplo, una *Declaración de los Derechos de los Pueblos Negros del Mundo* (1920). La existencia de este documento indica el éxito relativo de lo que la historiografía oficial ha considerado como hitos decisivos en la historia del hombre. A propósito del verdadero objetivo que ha impulsado el proceso que ha sido ofrecido por ciertos historiadores como «el efecto de un propósito moral en el tiempo», resultan sumamente elocuentes las siguientes palabras del líder jamaicano Marcus Garvey:

Los ideales de libertad y rectitud sólo prosperan en el siglo XX cuando coinciden con el petróleo, el caucho, el oro, los diamantes, el carbón, el hierro, el azúcar, el café y otros minerales y productos deseados por los capitalistas privilegiados y los dirigentes que controlan los sistemas de gobierno.



Por una bondad del azar, estos aspectos son abordados con gran acierto en la mayoría de los textos que conforman el presente volumen. Gracias a Roger Toumson tendremos la posibilidad de observar cómo ha sido imaginada y construida la alteridad por Europa desde el Renacimiento hasta principios del presente Siglo. Por su parte, José Prats Sariol nos advertirá cuán inapropiado resulta atenernos a los señalamientos que cierto tipo de preceptivas sembraron en nuestra noción de literatura antillana. La elaboración de contramitologías, la recuperación de mitologías aborígenes y la incidencia de dicho proceso en el imaginario antillano contemporáneo son los aspectos tratados en las valiosas y sugerentes contribuciones de Lulú Giménez, Víctor Bravo, Isabella María Zoppi y Seymour Menton.

En su ensayo, Aura Marina Boadas nos demuestra que Venezuela es un espacio donde también hay cabida para las identidades insulares. Mas la diversidad de estos discursos indican que nuestras identidades no han cobrado forma definitiva; queda mucho por hacer. Tal vez nadie podría manifestarlo con la dramática propiedad de Esmeralda Santiago, joven escritora nuyorrican, cuya incorporación a este singular archipiélago de textos ha sido posible gracias a la gentileza de Amparo McWatt. También son reveladores de estas inquietudes las novelas de Julia Álvarez, Cristina García, Rosario Ferré y García Márquez que han sido abordadas por Luz Marina Rivas.

Solamente me resta hablar del texto de quien ha tenido la fortuna y la responsabilidad de conseguir un espacio para la publicación de los trabajos aquí reunidos. He querido hacer una lectura de los hitos narrativos del Caribe de expresión inglesa del presente siglo pensada en función de la necesidad que tienen estas jóvenes repúblicas de proponer un espacio plural, regido por la tolerancia, que permita concebir la nación en términos destinados a honrar la condición humana de todos sus integrantes.

Todo el entusiasmo y la iniciativa de los autores han logrado un espacio digno gracias al interés académico y respaldo institucional brindado por los miembros del Consejo Técnico de la Maestría en Literatura Latinoamericana y del Caribe de la Universidad de Los Andes.

Arnaldo E. Valero

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES LITERARIAS
"GONZALO PICÓN FEBRES"